

RICARDO MIRALLES

Juan Negrín

La República en guerra

temas de hoy.  BIOGRAFÍAS

ÍNDICE

PRÓLOGO de Paul Preston	I
INTRODUCCIÓN. Juan Negrín; un debate inacabado	11
CAPÍTULO I. Juan Negrín López, médico... y socialista	49
CAPÍTULO II. La guerra civil: la etapa de gobierno de Largo Caballero	71
CAPÍTULO III. El primer gobierno de Negrín	121
CAPÍTULO IV. ¿Cómo se financió aquella guerra?	161
CAPÍTULO V. Entre la retórica y el estado de necesidad: la crisis de abril de 1938	181
CAPÍTULO VI. Entre la «charca» y el «cobarde alivio» de Munich, pasando por el Ebro	211
CAPÍTULO VII. La diplomacia negrinista	247
CAPÍTULO VIII. El final de la guerra	295
CAPÍTULO IX. Diecisiete años de exilio	329

Juan Negrín

EPÍLOGO. «¡Resistir es vencer!»	355
NOTAS	375
BIBLIOGRAFÍA BÁSICA	415
ÍNDICE ONOMÁSTICO	417

PRÓLOGO de Paul Preston

El siglo xx constituye, dentro de la historia española, un período repleto de personajes de primera magnitud. Desde figuras reales como Alfonso XIII, don Juan de Borbón o el rey don Juan Carlos, pasando por políticos de derechas como —para mencionar solamente una selección mínima— Antonio Maura, el conde de Romanones, Ramón Serrano Suñer, José Calvo Sotelo o José María Gil Robles, los de centro como Alejandro Lerroux, Manuel Azaña o Adolfo Suárez, hasta los de la izquierda como Indalecio Prieto, Francisco Largo Caballero, Dolores Ibárruri, Santiago Carrillo o Felipe González, por no hablar de militares como Franco, Mola, Queipo de Llano, Kindelán, Milans del Bosch o Gutiérrez Mellado, ha habido un conjunto de personas fascinantes, tanto a nivel personal como en el ámbito de la política. Sin embargo, siendo así el caso, es de extrañar la relativa falta de biografías de muchos de ellos. Quizás la biografía cuya ausencia resulta más escandalosa es la de Juan Negrín; como dice Ricardo Miralles, «la figura política de Juan Negrín no ha merecido todavía la biografía que está reclamando a voz en grito».

Denostado por muchos por haber sido, supuestamente, un mero instrumento dócil del comunismo soviético en España, el arquitecto de la

división interna del Partido Socialista Obrero Español y el causante, con su política de resistencia a ultranza, de un final desastroso para la República, Negrín es, en cambio, reconocido por otros, entre los que me incluyo, como el gran estadista de la lucha contra Franco y sus aliados fascistas. Evidentemente, el mayor problema para realizar un estudio completo sobre Negrín siempre ha sido la casi imposibilidad de acceder a las posibles fuentes que de él se conservaran. Hasta la muerte de Franco, no era posible tener acceso a lo que hoy en día son los magníficos fondos de la Fundación Pablo Iglesias ni a los del Partido Comunista de España ni a los de varios ministerios españoles. Incluso, a partir de finales de los años setenta, cuando por fin se disponía de más fuentes, las dificultades para acceder a los archivos soviéticos y el conocimiento de que estaban en Nueva York los papeles del propio Juan Negrín, todavía fue un factor de inhibición para muchos historiadores, provocando lo que define Miralles como una «permanente provisionalidad en la definición del personaje».

Como consecuencia de estos problemas, los pocos trabajos que han visto la luz no han podido satisfacer la necesidad de una biografía del gran estadista. El primero fue la reedición del libro, originalmente editado en México en 1940, de quien fuera comisario del Ejército del Centro de la República Edmundo Domínguez Aragonés, *Los vencedores de Negrín* (2ª edición, Ediciones Roca, México D.F., 1976). Habría que esperar casi una década para la aparición de libro de Joan Llach, *Negrín. ¡Resistir es vencer!* (Planeta, Barcelona, 1985), el cual, escrito desde una perspectiva anarquista muy crítica frente a Negrín, y lejos de ser un libro de profundas investigaciones originales, traía a colación algunos testimonios de personas que habían conocido al protagonista. Pasó otra década antes de la publicación de los dos tomos de Santiago Álvarez *Negrín, personalidad histórica* (Ediciones de la Torre, Madrid, 1994), que mostraban la otra cara de la moneda: una perspectiva pro-comunista y plenamente favorable a Negrín, que no entrañaba grandes investigaciones, pero sí aportaba algunos testimonios interesantes. Dos años después, se publicó un

pequeño ensayo que empezaba a cubrir la necesidad de un libro argumentado y meditado sobre Negrín. Se trata del libro colectivo de Manuel Tuñón de Lara, Ricardo Miralles y Bonifacio N. Díaz Chico *Juan Negrín López. El hombre necesario* (Gobierno de Canarias, Las Palmas, 1996).

Ahora tenemos en nuestras manos lo que aquel librito prometía. Ricardo Miralles, con su habitual modestia, se cuida de describir este espléndido libro como la biografía necesaria, quizás porque no se permite especular con la formación infantil y psicológica de su personaje, y se inhibe en cuanto a la vida sentimental de Negrín, limitándose más bien —que no es poco— al médico, al socialista, al ministro de Hacienda y al presidente del Gobierno de la República. Sin embargo, dentro de esta limitación autoimpuesta, el hecho de que el profesor Miralles haya podido utilizar algunos papeles rusos, los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores y los particulares de Marcelino Pascua, Vicente Rojo, Luis Araquistain, Diego Martínez Barrio y otros, le permite acercarse, como no ha podido hacer ningún historiador hasta la fecha, a la meta tan codiciada de la biografía completa de Negrín.

Cuando el doctor Negrín asumió la presidencia del Gobierno republicano, en mayo de 1937, estaba convencido de que una estrecha cooperación con los soviéticos proporcionaría la única posibilidad de supervivencia, por no hablar de victoria, para la República. Como nos recuerda Ricardo Miralles, ésta fue una percepción compartida por Manuel Azaña, Indalecio Prieto y otras muchas figuras republicanas y socialistas. La superioridad material de las fuerzas de Franco, con el apoyo generoso de Hitler y Mussolini, frente a las dificultades logísticas de la República, pese a la ayuda rusa, supuso que Negrín, por mucho que fortaleciese el Estado republicano, no iba a poder parar la creciente serie de derrotas. Amargados, los que antes habían compartido sus convicciones de la necesidad de colaborar con los comunistas, empezaban a echarle todas las culpas, desde la derrota en la guerra hasta las divisiones internas del PSOE. Pensando en la larga historia socia-

lista de divisiones internas, difícilmente se podría encontrar un historiador mejor adiestrado para mostrar lo absurdo de esta última acusación que Ricardo Miralles, autor de *El socialismo vasco durante la Segunda República* (Universidad del País Vasco, Bilbao, 1988) y de un largo y enjundioso estudio previo para su propia recopilación de los discursos y artículos de Indalecio Prieto, *Textos escogidos* (Junta General del Principado de Asturias, Oviedo, 1999).

Durante cincuenta años, el inquisidor que perseguía a Juan Negrín con mayor saña fue el periodista galés Burnett Bolloten, quien, para crear la idea del «gran engaño» de los comunistas con ayuda de Negrín, se basaba en las opiniones de su amigo Julián Gorkin, y de los renegados ex-comunistas que publicaron sus memorias bajo la dirección de Gorkin y financiados por el Congreso para la Libertad de la Cultura (organización financiada por la CIA): Valentín González *El Campesino*, Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado. Según Burnett Bolloten, Negrín «hizo más que cualquier otro político, consciente o inconscientemente, por extender y consolidar la influencia del Partido Comunista en los centros de poder principales —el ejército y los servicios de seguridad— durante los años finales de la guerra». Aunque Bolloten tuviera razón (y Miralles deshace cuidadosamente sus acusaciones), dado que los comunistas se habían comprometido con la lucha contra Franco y el Eje en España, éste quizás no sería un delito tan terrorífico como suena en boca de Bolloten. De hecho, la política de Negrín se basaba en la firme convicción de que la victoria dependería de la disciplina dentro de las fuerzas armadas y del suministro sin interrupción de armas desde la Unión Soviética. Como en el caso del traslado de las reservas españolas de oro a Moscú, difícilmente se pueden pensar otras opciones para Negrín en el momento. Negrín logró una unidad desconocida por los gobiernos anteriores, una unidad cuyo coste fue la liquidación de la revolución. La defensa de Negrín está asumida por Miralles con objetividad y con habilidades forenses en igual medida.

Ricardo Miralles nos brinda en estas páginas el más rico retrato realizado hasta la fecha del enigma que fue Negrín, mostrándonoslo como persona afable y simpática, todo lo contrario del puritano y quisquilloso Largo Caballero. El retrato de Negrín creado por Miralles —merced a los testimonios de sus contemporáneos— como persona cortés, correcta y cordial, a la vez que valiente, con voluntad de hierro y un gran tesón, a mí me ha recordado otro jefe de Estado español mucho más reciente. Escrita con una prosa diáfana y amena, la biografía de Miralles es, por supuesto, una obra muy seria de un historiador maduro en la cima de sus capacidades, pero es mucho más. Es una biografía que cumple con el requisito fundamental de toda buena biografía: nos crea a los lectores la ilusión de haber conocido al protagonista. Lograr esto no es nada fácil: para hacerlo, primero se requiere una profunda investigación; segundo, hay que haber medido la materia con un gran sentido humano; y, finalmente, se necesita una pluma lo suficientemente elocuente y ágil para comunicar el retrato a los lectores. Desde luego, éste es un libro de investigación intachable y también de una lectura amenísima. Pero también es un libro de una gran humanidad que no nos engaña con una visión homogénea de un gran presidente fuerte e implacablemente optimista. Al contrario, Miralles nos presenta a un hombre de talento extraordinario y altísimo sentido del deber político y patriótico, pero sujeto a sus propias frustraciones y debilidades, enérgico pero desordenado, sufriendo dolores personales, capaz de unos cambios bruscos de ánimo casi de maniaco-depresivo. Esto es lo que ha logrado plenamente Ricardo Miralles, rellenando uno de los baches más problemáticos de la historia del siglo XX, y todos estamos en deuda con él.

PAUL PRESTON

Londres, septiembre de 2003